

La vuelta del rodezno



ESTE era un buen hombre, tagalog de por sí; no puedo puntualizar si era natural de Paete o de Tinajeros, porque la única fuente de información que para averiguarlo tuve a mano, fué el mismo buen hombre, a quien le pregunté por este dato para consignarlo entre *las generales de la ley* del mismo interesante individuo; pero el buen hombre no pudo satisfacer mi curiosidad, porque tampoco se acordaba a punto fijo cuál de los dos era su pueblo.

En sus remotas mocedades había residido alternativamente en uno y otro de estos dos pueblos: en los dos había trabajado como buen oficial y sabía tanto de ebanistería como de labrar cacharros, de suerte que por sus habilidades no era fácil precisar el lugar de su nacimiento, que, por de pronto, oscilaba entre los dos lugares susodichos.

Pero hacerle retroceder hasta la fecha y paraje de su nacimiento era perder el tiempo. No había quién lo sacara de este estribillo: "Yo estaba allí, pero ya no me acuerdo".

La verdad es que a todos los demás nos ocurre otro tanto, y si sabemos el lugar y fecha de nuestro nacimiento, lo sabemos por testimonios ajenos y por caminos circunflejos. Por mi parte solo a un hombre le oí asegurar en su vejez que recordaba perfectamente todos los detalles de su vida al mundo; pero, aunque era un sabio, lo cierto es que en este punto no le creía nadie.

Pero no desatendamos a nuestro *buen hombre*, y para no apodarle tantas veces le preguntaremos cómo se llama, y a esto sí que sabe contarnos que de primero se había llamado *Inistasio*, y que este era su nombre de pila; que en su casa le habían abreviado el nombre en *Tasiong* y los niños con quienes iba más tarde a la escuela se lo escamondaron en *Asiong*, y así se pasó entre ebanistas y tinajeros hasta que cayó quinto y pasó a servir *al Rey*, que por aquel tiempo lo era Doña María Cristina, la madre de Isabel Segunda.

De este dato ya podemos deducir otros dos, relativos a nuestro *Inistasio*, conviene a saber: que nuestro amigo nació bajo la bandera de España en Filipinas y que aun cuando yo le hablaba por vez primera (y hace ya de esto algún tiempo) hacía ya una buena porrada de años que había nacido.

Bueno; pues a lo que iba: que tan luego como *Asiong* cogió el chopo y empezó a servir *al Rey* en Mindanaw, los cuatro soldados que como a su cabo le obedecían gustosos, con todo y ser peninsulares, se emperaron en llamarle primero *Chacho* y luego *Chucho*, y con el apodo de *Chucho* se quedó ya para siempre. Y lo que él se dijo: ¿qué le vamos a hacer? Me resigno a ser *chucho* de por vida.

¡Con tal de que me sigan tratando como a hermano y hermano mayor...!

Pasados algunos meses de campaña en Mindanaw, el *Chucho*, más fiel que un chucho de los auténticos, subió a sargento, pasó a la península con otros varios de sus excelentes conmitares, y aun con el grado de teniente para ir de contado a Cuba a pegar zurriascazos a los *mambises* cuando fuera menester. Los pegó a plomo y a tiempo y no tardó en subir a capitán. Allí le dieron el canuto con permiso para volverse a su tierra con honroso retiro; pero él se mantuvo rezagado en España, y ahorrando su sueldo, se mantuvo una porción de años de incógnito, viviendo como obrero oscuro de lo que mariscaba, tan aína de su oficio de ebanista como en el de fabricante de tejas y botijos, según cayeran las tornas.

Todavía se reenganchó con Martínez Campos para Cuba, donde repartió en calidad de comandante nuevos torniscones a los *mambises* en la tienda que dió fin con la paz de Zanjón.

Nuevo canuto y rezago en los pueblos de la península española ahorrando el sueldo de teniente coronel retirado y repartiendo su nacionalidad entre Paete y Tinajeros, esto es, tan pronto fabricando aparadores como tejas y cántaros.

Todavía asistió de coronel en la postrera campaña de Cuba y se las tuvo tiesas con Maceo y comparsa bajo las órdenes de Weyler. Se repatrió a España con los demás militares, y una vez en Barcelona, y a la vista del barco que había de restituirlo a su patria, se le recrudeció al Coronel Chucho la duda de si era de Paete o de Tinajeros, y no sabiendo a donde tirar, decidió quedarse en Barcelona, *a ver venir*, como él decía por que todavía era lo de menos el ignorar su pueblo: lo que él sentía más amargo era ignorar el pabellón de su patria chica.

El había nacido y se había criado sin protesta y ¡hasta medrado! honradamente, por supuesto, bajo la bandera española, y no conocía ni deseaba otra alguna. La americana, por nueva le parecía un juguete de poca estabilidad; a la filipina la admiraba y la amaba como buen patriota, pero, como en los últimos años había leído mucho de historia, de política y de Sociología, se había formado un concepto tan férreo de cómo "la justicia engrandece a las naciones" que no había fuerza humana que le apeara de él.

—A mí que no me quiten—se decía—Si Filipinas ha de ser nación independiente, como es justo que lo sea, necesita ser nación grande, porque de quedarse en república de bolsillo, será una merienda de negros el día menos pensado.

Ya, pues, si Filipinas ha de ser grande, por fuerza tiene que apoyarse en la justicia, que es lo que engrandece las naciones, según el Oráculo divino, que no tiene vuelta de hoja.

En virtud de la justicia, si los españoles, ade-

más del derecho de conquista pueden alegar en preferencia sobre los americanos una prescripción de cerca de cuatro siglos con respecto a la soberanía sobre las islas Filipinas, los filipinos de raza malaya, además de la *penetración* pacífica, pueden alegar en preferencia a los españoles, cerca de otros cuatro siglos de anterioridad en su prescripción. Esto también es de justicia.

Bueno, pero aunque hasta ahora todo parece favorecer a la tagalocrocería en mi país... hay, sin embargo moros en la costa.

Los negritos ¿son hombres o no? ¡Pues ya se ve son hombres, aunque algo atrasaditos en el camino de la cultura.

Y si son hombres, son acreedores a la justicia.

Y si pues son sujetos de justicia es forzoso tener en cuenta que los negritos son bastante más antiguos en Filipinas que mis hermanos de raza malaya, que cuando apostaron allí por primera vez en sus *baranğays* ya encontraron allí a los negritos en secular soberanía sobre aquella tierra.

Luego, señores, mal que pese a mi egoísmo no es de justicia que los malayos nos apropiemos la soberanía de Filipinas, porque en justicia redonda y en virtud de la antigüedad de la prescripción, los soberanos de los destinos de Filipinas han de ser los negritos, oriundos del Waday, según algunos antropólogos y etnógrafos, o del corazón de la Australia, según otros.

Esto es, ni más ni menos lo que pide la justicia, y lo que ha de ser un hecho si Filipinas ha de ser grande. Y repito que para Filipinas el ser grande es *cuestión de ser o no ser*. ¿Tengo razón o nó?—Así acababa siempre su raciocinio.—

Los que le visitábamos y escuchábamos, le decíamos, que tenía razón que le sobraba; pero nos despedíamos muy apenados de su presencia. El buen Chucho había perdido la razón en los últimos años a fuerza de leer y de cavilar, aunque era un loco concertado.

La primera entrevista que celebré con él en uno de los arrabales de Barcelona el año de 1906, fué debida a las noticias que en la fonda me dieron unos paisanos y conocidos míos; excitaron mi curiosidad y hasta me aseguraron que me agradecería la visita el veterano Chucho, como lo hacía

siempre con las de sus conterráneos. Uno de aquellos contertulios de la fonda se ofreció a acompañarme y presentarme. La habitación estaba en sitio tranquilo y retirado; era sencilla, pero cómoda y bien puesta. Llamamos, entramos y nos recibió como llovidos del cielo, abrazándonos hasta descoyuntarnos, y obsequiándonos con ginebra y tabacos.

—¿Estaba, *usía* ocupado?—le preguntó mi compañero, viéndole disimular cierta inquietud.

—Muy poca cosa, y no corre gran prisa; primero son ustedes, que me honran y alegran con su presencia... Hace ya algún tiempo que no trabajo en madera ni en barro. No paso mucho de los noventa años, pero me encuentro muy a gusto descansando... A los principios me aburría; pero un antiguo conmitón me ha regalado una mona... ¡qué mona!... Mírenla ahí está... ¡Marta, cúcalé!... Me entretengo a ratos perdidos en enseñarla habilidades, y cuando entran ustedes la estaba enseñando *la vuelta del rodezno*... casi la sabe ya. Van ustedes a ver un ensayo... ¿eh?... ¡olé por la sal de Marta!

—Y algo sacará usted en limpio de esa maniobra...

—Pues ya lo creo, amigos míos, y ese es mi secreto. Cuando *la vuelta* del rodezno salga del todo a mi gusto, me vuelvo a mi país con la mona y empiezo a dar conferencias públicas. Marta representará la Justicia, que ahora está de espaldas, según los principios políticos que al presente imperan en mi tierra. Con el ejemplo de Marta, aprenderán mis paisanos a dar *la vuelta del rodezno y la Justicia* se volverá de frente, y se reconocerá a los negritos la soberanía del país.

—¡Pero si los negritos no están preparados para el gobierno político!...

—Que los dejen prepararse! En un par de siglos ya estarán tal cual. Mayormente, que no es uno tan viejo que no le quede tiempo para verlo... ¿Tengo razón o no?

—Pues ¿no había *usía* de tenerla? Adios, Señor Chucho, hasta que le veamos con Marta en nuestra tierra, enseñando a nuestros paisanos a dar *la vuelta del rodezno*.

CAMILO EDRALIN.

Bustos, 15 de Marzo de 1924.

